La Otra Piel de la Ciudad

Una Mirada Histórico y Simbólica

A los ojos de mi infancia, la ciudad no era más que un damero perfecto, previsible y severo. Pero buscando escapar de esa simetría, los Fitte plantaron una utopía de triángulos y círculos. Una isla rebelde que encerró la cuadricula. Allí, al abrigo de las curvas, late la Placita de las Madres. Su estatua tradicional, se mantiene hasta hoy en la línea del tiempo, rejuvenecida por el murmullo del agua y el juego de las luces.

Este rincón pintoresquista, que mira con nostalgia hacia el sur, fue un intento romántico de ganarle la batalla al frío clasicismo. Una invitación al ocio, un manifiesto a favor de lo imprevisto. Cruzar la linealidad monótona del paisaje urbano para llegar hasta allí no era un simple paseo, era una invitación al arte de aventurarse y andar. Andar por donde el viento pampeano encontraba su propio instrumento musical, el que se canalizaba en corredores infinitos, cuando no se arremolinaba y embestía en las esquinas con la velocidad y la certeza de un flechazo.

En ese tiempo en que el arte callejero no existía, la única poesía permitida bajo el cielo, era la que dictaban los planos de los arquitectos y la suma de algunas estatuas con su monotonía clásica.

Cuando llegaron los años sesenta, en el eje noroeste-sureste, el brutalismo y el modernismo irrumpieron con la honestidad cruda del hormigón armado. Ahí, el Centro Cívico siguió en su estilo a la Terminal de Ómnibus, y luego como una marea gris, contagió a los espacios vacíos donde se anclaron la Biblioteca y la Cámara de Diputados, y los que intentaron replicar el modelo.

La Casa de Gobierno con sus materiales duros y pesados se materializó en su imagen de "Barco Varado en La Pampa". Su motor fue la metáfora que invitaba a navegar por las arenas del desierto. Allí la conjunción del hormigón y movimiento - para una ciudad que todavía era joven y buscaba consolidar su provincialidad – buscó trasmitir equilibrio, transparencia y austeridad, como un modo de garantizar seguridad y estabilidad. Aquella arquitectura fue entonces la estética de la trasparencia y la autoridad en pos de trazar un rumbo.

Luego, el hormigón enfrentó a la ciencia con la fe, en el corazón de la ciudad en una convivencia pacífica construida en el tiempo y en décadas. Convivencia pacífica que maduró tal vez por ese entretejido como panal de abeja que invita a la coexistencia en comunidad. Tal vez por esa geometría repetitiva que comparten, que trasmite la fuerza y unidad colectiva. Tal vez porque el fuego que en cada una habita complementa esa dualidad mítica

proveniente del conocimiento y la sabiduría divina. En ese seudo enfrentamiento la arquitectura logró un equilibrio.

Entre esos tiempos, el Hotel Calfucurá elevó su silueta cortando los vientos. En su fachada, un mural de mosaico veneciano plantó una mirada intensa, calma y fija en el horizonte. Fue el primer eslabón que empezó a conjugar la identidad regional con el arte, al que luego siguieron otros.

Pronto, las nuevas generaciones —menos disciplinadas y más sedientas de pertenencia— empezaron a teñir el gris monocromático del cemento. El aerosol y el pincel se convirtieron en las armas de un museo a cielo abierto. Cada pared cansada, cada muro olvidado, se transformó en un lienzo idóneo para el registro, la denuncia o el homenaje. "Darle Color a la Vida" encontró su mejor aliado en el realismo figurativo, el eco muralismo y el mosaiquismo contemporáneo. El "Patio de Otoño "con su "Trencito Mágico" nos acercó al "Mural de la Copa de Árbol". El arte entonces contagió la calle, y ya no pertenecía a unos pocos, sino a los muchos que la habitaban.

Se rescató el pasado. El Molino Werner, con su herencia industrial, y el Mercado Municipal transmutaron sus materias primas. Ya no se procesaba trigo o alimentos, ahora se moldeaban materias intangibles y creativas para nutrir e inundar el alma de la comunidad.

Pero hubo que terminar los noventa, y cruzar el umbral del 2000 para que la rigidez urbana terminara de romperse. El arte abstracto de la mano de las esculturas llegó para desafiar la dictadura de la línea recta.

Al "Encuentro" de estos tiempos los materiales se mezclaron y dieron lugar a otras formas que como una "Espina" redimieron numerosas expresiones que en "La Ola" y en "La Fuga" fueron llegando y emplazándose por todos los rincones de la ciudad. Algunas anónimas y otras invitándonos a no perder la Memoria.

Existe, sin embargo, un arte que no se ve en las fachadas ni en los museos: el arte silencioso y solidario de su gente. El espíritu cooperativo que nació cuando un grupo de vecinos se unió frente al desafío. Ni el apagón más oscuro pudo callar la fuerza de un grito que se hizo eco y bandera: *¡Leña Savioli!*

Este también es una arte, el arte de saber vivir. Un arte en pleno movimiento, al igual que el viento callejero, recordándonos que la ciudad es un organismo vivo que nunca deja de transformarse.

Claudia Susana Figueroa
Santa Rosa – La Pampa